

NICOMEDES MARTÍN-MATEOS

---

ESTUDIO BIOGRÁFICO

DE

UN PINTOR ILUSTRE



SALAMANCA

Andrés Iglesias; Imp.—Plaza de la Libertad, 10

1905

JT - F 1661



NICOMEDES MARTÍN-MATEOS

---

ESTUDIO BIOGRÁFICO  
DE  
**UN PINTOR ILUSTRE**



SALAMANCA  
Andrés Iglesias; Imp.—Plaza de la Libertad, 10  
1905

T. 1260536  
C. 71696516



R.160514

A mi querido amigo y distin-  
guido comp: Don Eloy Diez-Suñer  
y Molleda.

V. M. Mateos

---



ILMO. SR. D. FRANCISCO VICENTE



Nadie posee menos títulos que yo para merecer la honra de dar á conocer á un artista eminente. Otros Escritores hubieran correspondido mejor á tal distinción, pero ya que me tocó en suerte á mí, lo acepto con gusto, seguro de que á la elevada ilustración de los lectores, irá unida la tolerancia.

Le conocí en su Estudio, del Monasterio del Escorial, restaurando un cuadro del insigne Navarrete el Mudo.

Había escudriñado á la ligera cuanto de notable encierra aquella hermosa mansión histórica. El guía me anuncia lo último que puedo admirar, y un anciano portero me da paso á la Iglesia primitiva, donde se custodian las valiosas coronas que como respetuoso tributo enviaron los reyes y magnates de toda Europa al fallecimiento del que había de ser llamado Alfonso XII, *el Pacificador*.

Allí, sobre alta escalera de mano restau-

raba el cuadro llamado: *El Señor presentado después de la Resurrección á la Virgen*, el octogenario Sr. Vicente.

Asombrado quedó mi espíritu al contemplar la elevación que ocupaba el pintor insigne en su trabajo, pero más que ésto, el que pudiera hacer tan delicados retoques, sin necesidad de lentes, y ya durante el crepúsculo vespertino.

Descendió de la peligrosa altura, y con una jovialidad y afectos halagadores, me explicó su importante tarea en aquellos momentos.

Ya en amena conversación, pude enterarme aunque con laconismo, de lo provechoso de su arte en el espacio de setenta años de laborioso estudio.

Prometí á mi amigo hacer público en la prensa de Extremadura y de Salamanca (de donde es originario) y en la de la Corte, algunos datos biográficos de su digna personalidad.

Refractario mi biografiado á toda exposición pública tan en pugna con su modestia de hombre pensador, aceptó á que llevara su ilustre nombre á las columnas de un periódico ó revista, porque me había leído, y le garantizaba la justicia con que había yo de tratar cuanto se refiriera á esta clase de producciones biográficas. Críticos eminentes se le habían ofrecido con el mismo fin y nun-



ca gustó de los honores de la publicidad; de ahí el que fuera de SS. MM. y Altezas Reales á más de algunos compañeros y amigos notables, sea desconocido el artista venerable que tanta gloria como puesto preeminente á llegado á alcanzar.

No es lisonja, aunque se trate, para mí, de un amigo tan querido, la que mueve mi pluma al hablar del Sr. Vicente; mis miras son más altas, puesto que se dirigen á exponer las virtudes pátrias y méritos artísticos del aventajadísimo discípulo del inmortal Sr. López, gloria, hoy, de nuestra atribulada España. Soy incapáz de lisonjear á nadie, y sólo al verdadero mérito si vendió tributo de admiración. Creo además que es un deber inexcusable de todo cultivador de las letras dar á conocer los merecimientos de los artistas y los sabios que por su extremada modestia viven injustamente desconocidos. Nación que no sabe hacer justicia á los hombres geniales y de saber que en ella nacieron, se juzga por sí sola poco favorablemente.

Entiendo, pues, que alguien debía haberse ocupado del genial pintor Francisco Vicente, con alguna más extensión que lo presentan en la importante obra *Diccionario Enciclopédico*. Como nadie lo ha hecho, me honro y me complazco grandemente en hacerlo, presentándole, más que nada, como modelo inimitable del trabajo. ¡Cuánta filosoffa encie-

rra su larga y constante actividad! Un hombre de sus condiciones enseña mucho á la humanidad, pero lo más santo sería imitarle en sus tareas y habíamos encontrado la panacea á tanto mal.

Nació, mi biografiado el 23 de Abril de 1823, en Madrid; á los dos días de haber llegado á la Corte sus progenitores procedentes de Extremadura, cuna de hombres eminentes que inmortalizó la historia. Su padre, de igual nombre que el hijo, fué natural de Vitigudino (Salamanca), y su madre, doña María Lonjinos, había nacido en Valencia de Alcántara (Cáceres). Ambos ocuparon en la sociedad una posición desahogada, algo próxima á la buena fortuna.

Educado mi personaje en la más pura ética, necesariamente los resultados de toda su vida social y de artista tendrían que ser prodigiosos. Su espíritu virginal era ya faro luminoso que guiaba á sus padres por la senda que había de emprender...

Así le vemos, siendo bien niño, encariñarse con la pintura, la más hermosa de las artes gráficas.

Á la edad de diez años, se encargó de su educación, su padrino D. Francisco Magadán, farmacéutico de palacio en la época del rey D. Fernando VII. Por aquél entonces desempeñaba la plaza que hoy disfruta el Sr. Vicente de pintor de Cámara, el ya referido

D. Vicente López, insigne artista valenciano, fenecido en el año de 1850.

En las frecuentes visitas que este señor hacía á Palacio, veía siempre al educador y padrino del hoy venerable hijo de la villa y Corte. Un día observó que en una pared del interior de palacio y próxima á la botica, había pintada una mano con carbón, pero tan admirablemente, que el Sr. López encarándose con su amigo Sr. Madagán, le dijo: “¿Pero es posible que eso lo haya hecho tu chico?... Como contestara afirmativamente, añadió: “Mándamele desde mañana á mi estudio”.

Este es el origen hermoso de su arte. Así le vemos empezar su carrera como discípulo del pintor de los reyes, á la vez que compañero de SS. MM. D.<sup>a</sup> María Isabel de Braganza y D.<sup>a</sup> María Josefa Amalia de Sajonia, puesto que el maestro del primero, enseñó también los principios de su arte á las dos citadas esposas de D. Fernando VII.

A la corta edad de once años emprende con entusiasmo un estudio cuya esfera ilimitada de tipos, dramas, escenas y paisajes, había en su día de darle nombre y un lugar preferente en el ancho círculo de la pintura.

Poco tiempo había trascurrido cuando quedó en la más inconsolable orfandad. Nombrado tutor para que administrara á su nombre, una respetable suma que sus padres le

legaron fruto de mil desvelos, confían tan sagrada misión á un importante comerciante que en pocos años dió fin de su herencia con mil enredos é infamias. Más de una vez acudió el Sr. Vicente en busca del ladrón de sus bienes, con objeto de *cobrase*... pero personas sensatas, entre ellas un abogado de nota, evitaron aquel encuentro, que tan fatales consecuencias hubiera tenido para mi respetable amigo.

Este contratiempo tan funesto como inesperado, produjo en el valeroso espíritu del Sr. Vicente un cambio tan extraordinario, que después le valió el bien de la patria y un nombre cada vez más respetado.

Para endulzar su pesar amargo en aquellos tristes momentos, se alista como voluntario al declararse la guerra al moro, y marcha lleno de entusiasmo á las inmediatas órdenes del general D. Juan Prim. Una vez en el campo marroquí lucha con denuedo por España y al grito de: *¡viva Isabel III!*, pone su vida en peligro con nobleza y desinterés, muchas veces. Cae herido, y cuanto que se repone, vuelve á la pelea con más fe, y con el valor que le imprimiera aquel gran hombre que todos lloramos con su recuerdo, el héroe de los Castillejos; el varón más ilustre de nuestra historia contemporánea. Terminada felizmente para las armas españolas aquella guerra de triste recordación, pero que ha si-

do para nosotros como el mirador á donde por última vez nos asomamos á ver de cerca el resplandor rojizo de la gloria, regresa á su patria querida el artista ilustre, desechando generosamente cuantas distinciones le otorgara el inmortal Prim, aceptando tan sólo la Medalla de Africa, como recuerdo de sus heroicos y brillantes servicios.

Satisfecho de su campaña, se establece en Madrid, y la nobleza toda acude á encargarle trabajos de pintura y restauración. Su estimación es tan notoria, que está demás todo encarecimiento, pues fueron casi innumerables los señores que solicitaron alguna pintura ó retrato de su mano, pero quien más especialmente le honraron, fueron los ilustres Cánovas, Narvaez y O'Donell.

Conquistada ya la fama que heredara de su maestro, obtiene el año 70, el nombramiento de Pintor-Restaurador de los Reales Palacios, por intervención y recomendación justísima, de Castelar, Ayala, y los Condes de Valencia y Altamira. Después ha sido confirmado en el desempeño de tan elevada misión artística por todos los señores intendentes del Real Patrimonio, y también durante el período de la República, debido sin duda, á su honradez acrisolada, á su laboriosidad y trabajos estimabilísimos.

Una prueba de su imitable conducta, está reflejada en este su magnífico pensamiento:

*Vivir es trabajar, trabajar constantemente.* Tiene razón; pues si dejáramos los metales en el seno de la tierra, á los animales vagar caprichosamente por los montes y á los vegetales producir sus amargos frutos; las ciudades se arruinarían, las ciencias y artes se remontarían al cielo, y los hombres desaparecerían de su morada terrestre.

Nuestra debilidad espiritual necesita distracciones, y ninguna más adecuada que el trabajo. Trabajar es orar; trabajar si no se ora, orar si no se trabaja, extendido el significado de orar á todo lo que perfecciona al alma, es la verdadera vida moral del hombre sobre la tierra.

Tomó Dios al hombre con parentesco tan inmediato á su naturaleza, no para que se quedase suprimido en las miserias de su ser terreno,, sino para que atento á la nobleza de su origen, investigase las sendas de la virtud para conseguir la gloria de la inmortalidad.

En la creación el más glorioso y principal desempeño de la Omnipotencia, consiste en producir las cosas. Nada hay que se asemeje á la Omnipotencia creativa, como la pintura. Y ya que de ella se trata, bueno será dar á conocer algunas curiosidades del origen de la misma, y que por cierto es antiquísimo.

Plinio afirma, que Giges Lydio la halló entre los egipcios, y éstos, que antes que pasase á Grecia, la inventaron ellos seis mil



años antes; pero en cambio Herodoto, Ciceron y Justino, concuerdan en haber sido Candaules, rey de Lidia. Aunque Giges no fuese inventor de ella, pudo dar motivo á Candaules, estimulándole á hacer la primer pintura, que creo consistía en una alegoría de la mujer desnuda.

También asegura Plinio que Candaules vendió á peso de oro una *tabla* de la batalla de los Magnetes, pintada de mano de Bularco.

El rey Nino para templar el desconsuelo de la muerte de su padre Belo, mandó hacer una estatua de su semejanza, de donde algunos quieren tuviese principio la pintura con el reino de los Asirios.

Escudriñando más, he creído acertada la opinión de que fuera uno de los inventores de ella Tharés, padre de Abraham, algo después del diluyio. Uno de mis argumentos principales, es, que por aquel entonces comenzaba la idolatría, la cual, según San Epifanio, procedió del abuso de las imágenes en aquel ciego y obstinado siglo, afirmando el Santo que todas ellas eran pintadas.

En lo que no hay duda alguna es que el primero que trabajó con pinceles fué Apolodoro, ateniense.

Por otra parte, si hemos de dar crédito á los hechos, fué el inventor de aquella ingénuu profesión, Enós, hijo de Seth y nieto de Adán, el cual formó ciertas imágenes para atraer al

pueblo y excitarle á reverenciar al verdadero Dios como hacemos al presente los católicos.

Que el arte de la pintura fuese tenido de los antiguos en grande aprecio y admiración, ninguno lo puede ignorar sino aquellos que desconocen los monumentos de la antigüedad trasferidos á nuestra memoria por el beneficio de los libros.

Los mismos Reyes y Príncipes emplearon su atención en tan delicioso ejercicio; no juzgando indecoroso á su grandeza, que la mano misma que empuñaba el cetro de la majestad, ó la espada, empuñase el pincel para deleitarse.

Las inmortales obras que produjeron con los cuatro colores de aquellos tiempos (blanco, amarillo, rojo y negro), Apeles, Echión, Melanchio y Nicómaco, hicieron á sus autores ilustres y poderosos, pues cada una de sus *tablas* se vendieron por tanto precio como el valor de una ciudad.

No dejaré de decir que como el estilo de pintar en las *tablas* era al temple, ó con ceras, fué imposible sacar una pintura con unión y delicadeza grata al buen gusto, por la dificultad de borrar y corregir. Como obras notables se citan el Iris, de Arístides, y la Venus, de Apeles, que preocupado de la muerte dejó sin concluir.

Lo que no se puede dudar, es que la pin-



tura llegó, en aquel tiempo, á lo sumo de su perfección, contra el dictamen de algunos que piensan lo contrario diciendo: Que si una pintura de Apeles se viese hoy, sería cosa de risa, á pesar de haberse apreciado en cantidades fabulosas. Esta es una vaga opinión, que yo respeto, pero que desecho; pues en Roma existen cuadros y estatuas, que, aunque hoy son mudos oráculos del arte, no dejan de ser reglas infalibles del acierto. Y si muchas *tablas* ó cuadros hubieran podido resistir los contrastes del tiempo y los accidentes de la fortuna, en incendios, saqueos y desolaciones de pueblos y monarquías enteras, nos darían claro testimonio de esta verdad. Pero si ellas no pueden, podrá al menos la historia hacernos presente sus maravillas. He leído que los Ediles de Lacedemonia, Murena y M. Varrón, cortaron las paredes de una casa por la excelencia de su pintura y encajonadas en gruesos maderos las llevaron á Roma para adornar el Comicio.

Otras muchas consideraciones haría si no fuera tan molesto al lector paciente. Presentaré, pues, á mi personaje ahora, como el genio de la restauración pictórica.

Se le conoce más por esa clase de trabajos, que por otros conceptos.

Es restaurador del Real Monasterio del Escorial, del Real Palacio de Madrid y de los Sitios Reales.

Ha restaurado muchísimos cuadros, frescos y objetos de arte, en todos los puntos mencionados y más especialmente en el Escorial.

De la importancia de las restauraciones hechas en este Monasterio, se juzgará con facilidad por la noticia de estas pinturas.

*El Lavatorio de los Apóstoles*, de Tintoreto.

*Martirio de San Mauricio*, del Greco.

*Martirio de San Lorenzo*, de Ticiano.

*El descendimiento del Señor*, tabla de Roger Van Der Weyden (El viejo).

*Sacra Familia*, tabla de Andrés del Sarto.

*Jacob guardando el ganado de Labán*, de Rivera, y otras de artistas eminentísimos.

En el mismo Real Monasterio ha restaurado igualmente los techos, las Salas Capitulares, la Celda prioral baja y el techo del Paraninfo del Real Colegio.

Más de cien cuadros de sus colecciones respectivas en los Sitios Reales y en el Real Palacio de Madrid. En este último, además, el fresco del techo del gran Salón de columnas y del Comedor oficial.

Sus restauraciones en el Real Sitio de Aranjuez, llamaron poderosamente la atención de los buenos aficionados en 1892, debido á sus felicísimas pinturas de restauración en la Casa del Labrador, trabajo muy difícil por tra-

tarse de pinturas al óleo, al temple y al fresco, que no se prestaban á la imitación.

Observando que aquel Real Sitio carecía de academia de dibujo, fundó una para el de figura, adorno y paisaje lineal, llevando su iniciativa y generosidad al extremo de dar clase gratuitamente.

En testimonio de agradecimiento por tan relevantes servicios prestados á la general cultura, el Ayuntamiento de Aranjuez regalóle una medalla de oro con la siguiente inscripción: “Al fundador y director de esta Escuela, en prueba de gratitud, el Ayuntamiento del Real Sitio de Aranjuez.”

Al año posterior, en la casa del Príncipe del Escorial—verdadera joya de arte—restauró, en el relativamente corto espacio de seis meses, gran número de cuadros y algunos techos magníficos de Duque, Maella, Japeli y otros.

Se formará clara idea de la importancia suma de obra tan difícil como meritoria, sabiendo que se trataba de techos al temple y trabajos al óleo, con entonación tan delicada y patina tan especial, que los buenos pintores consideraron imposible la restauración.

También es autor de muy notables restauraciones hechas en los Reales Patronatos. Citaré algunas: En la Iglesia de la Encarnación, la de todos los frescos y la de los cuadros que representan la vida de San Agustín, ori-

ginales de D. Luís Velázquez y D. Antonio Velázquez.

En las Huelgas de Burgos, varios cuadros.

En la iglesia de Santa Isabel, cuadros de Jordán, y algunas otras, en el Oratorio de la Casa de Campo.

En la actualidad restaura el famoso cuadro llamado: *San Fernando ofreciendo la corona á la Virgen*, ímprobo trabajo por las dimensiones del mismo, pues mide esa hermosa alegoría, siete metros de alto por cuadro de ancho.

Ha consagrado, pues, su larga vida y todo su superior talento á la faena intrincada, única y requeridora de gran paciencia y amor al arte de restaurar cuadros antiguos, el insigne maestro Sr. Vicente. Por eso sin temor á equivocación ni exageración alguna le he presentado como el genio de la restauración pictórica.

Su fecundidad, corre parejas con su genialidad, como lo indica la ligera enumeración que dejo hecha de sus labores cuantiosas. Sus trabajos resultan, pues, la obra de un artista excepcional, en calidad, y en cantidad. Ha hecho mucho y todo excelente, en el terreno sublimador y hermoso del arte de la pintura. Se trata, por tanto, de un artista de primera fila, adornado de una actividad asombrosa, de una habilidad inteligentísima,

y de una honradez social y artística merecedoras casi de beatificación.

Hizo sus estudios también en Roma el año 1847, y con el mismo objeto estuvo posteriormente en Niza, varias capitales de Suiza; Génova, Milán, Basilea; de nuestra península: Barcelona, Alicante, etc., etc.

Es caballero de la Cruz Roja, homenaje tributado á su filantropía, por el Gobierno de la Nación, con motivo de haber recogido bajo su cuidado, 22 heridos, en la sublevación de los artilleros, al grito de viva Prim y la libertad.

Además de los méritos de guerra, y otras distinciones, posee la Cruz de Carlos III, digno premio concedido por S. M. el Rey D. Alfonso XII, por los innumerables trabajos hechos como pintor de la Real Casa.

S. M. D.<sup>a</sup> Isabel II, que apreciaba mucho al Sr. Vicente, le condecoró con la Cruz de Isabel la Católica, por los buenos servicios que prestara.

Es Caballero Hospitalario, y posee también además de la Medalla de África, la de Alfonso XIII.

Pertenece á la Económica Matritense, y otras importantes corporaciones, entre ellas, á la de Escritores y Artistas.

En la época del malogrado Rey D. Alfonso XII, monarca moderno, de corazón sano y generoso, ocurrióle al Sr. Vicente la si-

guiente anécdota: Como observara el Rey que su pintor ilustre se ocultaba para fumar, llamóle el monarca bienhechor y le dijo: "Vicente, vengo notando que tira V. el cigarro cuando yo entro á verle, y para que no vuelva á ocurrir, queda V. autorizado para fumar en mi presencia, y como testimonio de ello, ahí va esa petaca llena de cigarros,". Y efectivamente, el venerable artista conserva la preciosa petaca, regalo del más noble de nuestros reyes.

Este rasgo de confianza y cariño, dice mucho en favor de mi biografiado, y más, en obsequio de aquel Rey que se presentaba, como sabemos todos, en los lugares del infortunio prodigando consuelos á los humildes, y alegrando con palabras de ternura el decaído espíritu de los desheredados de la fortuna.

También su hermana, la Serenísimá Infanta D.<sup>a</sup> Isabel, espléndida antorcha del Evangelio, aprecia mucho al Sr. Vicente, como lo prueba los valiosos objetos de arte que le ha regalado; figura entre ellos, un joyero estilo imperio, con bronces hermosos. Un termómetro de muy bonito gusto y del mismo metal. Otro joyero hecho sobre una patita de jaca que montó S. A. y con una preciosa inscripción de plata que dice así: "Lola murió el 31 de Marzo de 1889,"; y por último

un elegante barómetro recuerdo de Zaragoza.

Conserva además el insigne decano de los empleados del Real Patrimonio, fotografías dedicadas de la familia real, y de otras personas ilustres, entre ellas, la del Sr. Cánovas, que le quería y trataba también con mucha complacencia.

Cuando la infanta D.<sup>a</sup> Isabel visita con otras personas de su amistad el Real Monasterio del Escorial, hace grandes elogios del octogenario pintor, y le presenta diciendo: "Vicente es un portento; es una piedra de este monumento... Tiene razón la ilustre *madre de los pobres*. El trabajo realizado por D. Francisco Vicente no solo dignifica, como dicen los contemporáneos, sino que aquel es una virtud eficaz que logra robustecer el cuerpo y santificar el alma.

¡El trabajo!... La utilidad de éste brilla por tanto en las ventajas morales. El hombre que se ama á sí mismo se distingue por su laboriosidad, por su vigilancia en todos los empleos de su vida, en todos sus actos.

Nunca traté en mis accidentados días, á un hombre de ochenta y dos años tan entusiasta de su arte, y no es extraño; ¡nada más hermoso! Así como la pintura se desvela diligente en imitar la naturaleza, también ésta travesando en sus obras procura imitar al arte. ¡Qué maravillas no se descubren en



este vasto elemento de la tierra! ¡Qué prodigios no representa el agua! ¡Y qué portentosos no delinea el fuego! Todos son, digámoslo así, travesuras de la naturaleza por emular primores del arte.

La tierra no sólo nos propone la hermosa primavera de matizados vergeles y alfombras tejidas en los amenos prados cuyo verdor presumiendo de zafir, y las salpicadas flores desafiando los astros, parece pretenden retratar al firmamento, sino que en las peñas, árboles, hierbas y flores, forma y pinta imágenes de hombres, animales, historias y países, como se ve en las Agatas, donde el arte con los pinceles, perfecciona lo que dejó bosquejado la naturaleza.

Para terminar diré, que mi biografiado D. Francisco Vicente, estudiado como ciudadano y como hombre, es amable y cariñoso sobre toda ponderación, practica la caridad desde niño y se cuentan infinitos rasgos de su carácter sin reparar en medios. Ha sido siempre muy metódico, prudente, estudioso y sencillo. Lo prueba suficientemente lo bien conservado que se encuentra, lo tranquilo y sano que vive y lo mucho que trabaja al cabo de 82 años de vida y de labor incesante.

No hay duda que á todo este bienestar contribuyó notablemente la educación. Esta es la causa excitadora de nuestros progresos intelectuales y morales.



Y para que nada falte á ese bienestar, la Providencia le concedió una compañera dignísima, verdadero santuario de pudor y de abnegación. Nada hay que valga lo que la castidad de su alma.

Para encanto de aquel envidiado hogar, educan y sostienen los esposos Vicente, á tres angelicales sobrinos, que mañana serán fiel reflejo de sus caritativos protectores.

El inmenso poder moral de la ilustre dama, D.<sup>a</sup> Martina Campo de Vicente, sobre los suyos, influirá y amoldará á su imagen á las criaturas que hoy están á su cuidado. Bien dice la Sagrada Escritura: "Bella herencia tener una mujer buena: es la mejor recompensa que el hombre pueda recibir aquí por sus acciones virtuosas. El hombre que encuentra una mujer buena, encuentra un verdadero bien, y este bien le traerá la alegría del Señor".

Que así sea, y que las virtudes y patriotismo del pintor de Cámara sean ejemplo para todos.

¡Conquistemos, pues, el galardón que ha hecho imperecedera su fama!

N. M-M.

23 Abril 1905.







\* PTAS 0'75 \*